

Maria Edgeworth

Los guantes de Limerick

Traducción de

*Belén Quiroga***María Lucía Rey****Camila Terpin****

Universidad del Salvador

Argentina

Nota de las traductoras

A comienzos del siglo XIX, Limerick (ciudad irlandesa) fue célebre por producir guantes de cuero amarillo pálido tan delgados que un par podía doblarse y ponerse dentro de una cáscara de nuez y presentarse como un regalo delicado para una amada. También se los conoce como guantes de piel de pollo, aunque el nombre es inapropiado y busca esconder el hecho poco atractivo de que eran en realidad confeccionados con piel de crías no natas.

Capítulo I

Era un domingo por la mañana y un día agradable de otoño; las campanas de la Catedral de Hereford sonaban, y todos, vestidos para la ocasión, se dirigían a la iglesia.

—¡Señora Hill! ¡Señora Hill!... ¡Phoebe!, ¡Phoebe! Está sonando la campana de la catedral, y ninguna de las dos está lista para ir a la iglesia, y yo soy el sacristán —exclamó el señor Hill, el curtidor, que se encontraba al pie de las escaleras de su casa.

—Estoy lista, padre —respondió Phoebe, y al bajar las escaleras lucía tan limpia, fresca y contenta que su padre relajó la severa expresión de su rostro y lo único que pudo decirle, mientras ella se ponía un nuevo par de guantes, fue:

—Niña, deberías habértelos puesto antes de que llegara este momento del día.

* Traductora Científico-Literaria en inglés por la Universidad del Salvador (USAL).

** Traductora Científico-Literaria en inglés por la USAL.

*** Traductora Pública y Traductora Científico-Literaria en inglés por la USAL. En la actualidad se desempeña como traductora en un estudio jurídico.

© Universidad del Salvador. Escuela de Lenguas Modernas. Instituto de Investigación en Lenguas Modernas. ISSN 2469-0899

—¡Antes de que llegara este momento del día! —exclamó la señora Hill, que ahora bajaba las escaleras totalmente preparada—. ¡Antes de que llegara este momento del día! Debería saber que no debe usar esos guantes en absoluto, mucho menos para ir a la catedral.

—Por lo que puedo ver los guantes son muy buenos —respondió el señor Hill—. Pero eso no importa ahora. Es más importante que lleguemos a tiempo a ocupar nuestro banco, para dar el ejemplo, como se espera de nosotros, a que estemos aquí parados hablando de guantes y tonterías.

Le ofreció un brazo a su hija y el otro a su mujer, y partieron hacia la catedral; pero Phoebe estaba demasiado ocupada intentando colocarse sus guantes nuevos, y su madre estaba demasiado enojada con solo verlos como para aceptar la cortesía del señor Hill.

—Lo que yo digo es siempre una tontería, ya lo sé, señor Hill —continuó la matrona—, pero entiendo las cosas igual de bien que cualquier otra persona ¿Acaso no fui yo la primera en darle una pista de lo que pasó con el buen perro que desapareció de nuestra tenería el invierno pasado? ¿Y no fui yo la primera en avisarle, señor Hill, siendo usted el sacristán, sobre el hoyo debajo de los cimientos de la catedral? Le pregunto, señor Hill ¿acaso no fui yo?

—Pero mi querida señora Hill, ¿qué tiene todo eso que ver con los guantes de Phoebe?

—¿Está usted ciego, señor Hill? ¿No ve que son guantes de Limerick?

—¿Y qué hay con eso? —preguntó el señor Hill, sin perder la compostura, que era lo que acostumbraba hacer cuando su esposa estaba alterada.

—¡Que qué hay con eso, señor Hill! ¿No sabe que Limerick se encuentra en Irlanda?

—Lo sé muy bien, querida.

—Y sabiéndolo muy bien, supongo, señor Hill, que no le importaría ver nuestra catedral hecha añicos algún día, y a su propia hija casada con el hombre que la destruyó, siendo usted el sacristán.

—¡Dios no lo permita! —exclamó el señor Hill, que se detuvo abruptamente y se acomodó la peluca. Añadió, una vez repuesto:

—Pero, señora Hill, la catedral todavía está en pie, y nuestra hija todavía está soltera.

—Es verdad, pero ¿qué hay con eso? Hombre precavido vale por dos, como le dije antes de que nuestro perro desapareciera, pero usted no me creyó. Mire cómo resultaron las cosas en ese caso, y de igual manera resultarán en este, ya lo verá, señor Hill.

—Usted me confunde y me aterra, señora Hill —dijo el sacristán, acomodándose la peluca una vez más—. ¡Tanto aquella vez como esta! No entendí ni media palabra de lo que me ha dicho la última media hora. Sin rodeos, ¿cuál es el problema con los guantes de Phoebe?

—Ya que es la única manera en que lo entiende, se lo diré sin rodeos, señor Hill. Hágame el favor de preguntarle a su hija quién le dio esos guantes. Phoebe, ¿quién te dio esos guantes?

—Desearía prenderlos fuego —dijo el esposo, a punto de perder la paciencia—. ¿Quién te dio esos malditos guantes, Phoebe?

—Padre —respondió Phoebe en voz baja—, me los regaló el señor Brian O'Neill.

—¡El guantero irlandés! —exclamó el señor Hill, horrorizado.

—Sí —continuó la madre—; es verdad, se lo aseguro, señor Hill. Ahora entiende que tuve mis razones.

—Phoebe, te ordeno que te quites esos guantes de inmediato —le dijo su padre, con su mejor tono autoritario—. Ese Brian O'Neill me desagradó la primera vez que lo vi. Es irlandés, y eso es suficiente y demasiado para mí. ¡Quítate los guantes, Phoebe! Cuando te ordeno algo, debes hacerlo.

Phoebe parecía tener dificultades para quitárselos, e insistió, aunque con delicadeza, en que no podía entrar a la catedral sin ellos. Su madre resolvió el problema que planteaba Phoebe al sacar un par de mitones de su bolsillo, que alguna vez habían sido marrones y habían estado en buenas condiciones, pero que actualmente tenían agujeros en varios sitios y que habían sido estirados por alguien del doble del tamaño de Phoebe, por lo que le colgaban, formando grandes pliegues en sus brazos refinados.

—Pero padre —dijo Phoebe—, ¿por qué deberíamos sentir antipatía por él solo por ser irlandés? ¿No puede un irlandés ser un buen hombre?

El sacristán no respondió estas preguntas, pero, unos segundos después, notó que la campana de la catedral ya no sonaba. Como estaban próximos a la puerta de la iglesia, la señora Hill miró sugestivamente a Phoebe y comentó que no era momento de hablar ni de pensar en hombres buenos,

malos, irlandeses, ni en ninguna clase de hombres, en especial para la hija de un sacristán.

Pasamos por alto la cantidad de conjeturas que sacaron muchos de los fieles sobre la razón por la que la señorita Phoebe Hill tenía puestos unos guantes tan vergonzosos y desaliñados un domingo. Luego de que terminara la misa, el sacristán fue, lleno de intriga, a examinar el hoyo debajo de los cimientos de la catedral. La señora Hill, por su parte, salió a dar un paseo por el claustro acompañada por la señora del almacenero y la del vendedor de papelería. Se jactó frente a todas sus conocidas mujeres, a quienes llamaba amigas, de su criterio maternal al convencer al señor Hill de prohibirle a su hija usar los guantes de Limerick.

Entretanto, mientras caminaba pensativamente hacia su casa, Phoebe intentaba descubrir por qué su padre odiaría a un hombre de buenas a primeras, solo por ser irlandés, y por qué su madre había hablado tanto del buen perro que se había perdido en la tenería el año pasado y del hoyo debajo de los cimientos de la catedral. «¿Qué tiene que ver todo eso con mis guantes de Limerick?» se preguntaba. Cuanto más lo pensaba, menos conexión encontraba entre estas cuestiones: como ella no había sentido aversión por el señor Brian O'Neill a primera vista por ser irlandés, no creía que fuera razonable sospechar que él hubiera sido quien se había robado el perro de su padre, ni tampoco pensar que él hubiera ideado un plan para hacer estallar la catedral de Hereford. Mientras reflexionaba sobre estos asuntos, avistó las ruinas de la casa de una pobre mujer, que unos meses antes se había incendiado. Recordó que conoció a su enamorado por primera vez en ese incendio, y pensó que el coraje y la humanidad que él había demostrado al esforzarse por salvar a esta desafortunada mujer y a sus hijos justificaba la idea de que existía la posibilidad de que un irlandés fuera un buen hombre.

El apellido de la pobre mujer cuya casa se había quemado era Smith. Era viuda y ahora vivía al final de una calle angosta, en una casa ruinosa. No analizaremos por qué Phoebe pensó en esta mujer con más preocupación de la habitual en ese momento, pero así fue. Luego de reprocharse haber pospuesto la visita durante algunas semanas, decidió ir de inmediato a lo de la viuda de Smith y darle una moneda que hacía tiempo guardaba en el bolsillo, y con la que había planeado comprar entradas para el teatro.

Sucedió que a la primera persona que vio en la cocina de la casa de la pobre viuda fue al señor O'Neill.

—No esperaba encontrar aquí a nadie más que a usted, señora Smith —dijo Phoebe, sonrojada.

—La sorpresa hace que el encuentro sea aún más placentero, por lo menos para mí, señorita Hill —dijo O’Neill, poniéndose de pie y apoyando en el suelo a un pequeño niño con el que había estado jugando.

Phoebe se dirigió solo a la pobre mujer y luego de entregarle la moneda, le dijo que volvería a visitarla. Perplejo por el cambio de comportamiento de Phoebe, O’Neill la siguió cuando salió de la casa y le dijo:

—Me apenaría mucho haber hecho algo que haya ofendido a la señorita Hill, en especial si fui incapaz de identificar cuándo o qué sucedió, que es el caso en este preciso momento.

Mientras hablaba, el elegante guantero fijó la vista en los guantes andrajosos de Phoebe. Ella se los jaló, en vano, y luego dijo, con su simpleza y dulzura natural:

—No ha hecho nada que me haya ofendido, señor O’Neill, aunque por algún motivo usted no es del agrado de mis padres, y me han prohibido que use los guantes de Limerick.

—Y sin duda la señorita Hill no estará de acuerdo con cambiar la opinión que tiene sobre su humilde servidor sin más razón que porque su padre y madre, que tienen prejuicios contra él, son un poco obstinados.

—No —respondió Phoebe—, mi opinión no cambiaría sin motivos; pero todavía no he tenido tiempo para formar una opinión concreta sobre usted, señor O’Neill.

—Mi querida señorita Hill, entonces le haré saber lo que pienso —continuó él—, cuanto más se nos opongan, más orgullo y placer me dará conquistarla y que usted esté a mi lado pese a todos; y aún sin un centavo en su bolsillo me regocijaría tener la oportunidad de probarle a usted, y a todos los que pueda interesarles, que Brian O’Neill no es ningún cazafortunas, y desprecia a los estrechos de mente que piensan que los oportunistas son la única clase de persona que existe en Irlanda. Mi querida Phoebe, ahora que nos entendemos, espero que no siga dañando mi vista con esas detestables bolsas marrones, que no son adecuadas para cubrir brazos cristianos. Sin mencionar los de la señorita Hill, que, sin la intención de halagarla, son los más bellos que jamás he visto. A mi criterio, le sentarían muy bien un par de guantes de Limerick más que ninguna otra cosa. Espero que me demuestre su brío y generosidad poniéndoselos de inmediato.

—¡Usted espera, señor! —repitió la señorita Hill con la mayor expresión de indignación que su dulce rostro alguna vez había adoptado. «¡Es-

pero!" Si hubiera dicho deseo», pensó ella, «hubiera sido distinto, ¿pero "espero"! ¿qué derecho tiene él de esperar algo de mí?»

Por desgracia, la señorita Hill no estaba lo suficientemente familiarizada con los usos irlandeses como para saber que «esperar» en Irlanda significa lo mismo que «desear» en Inglaterra y, cuando su admirador irlandés dijo «espero», no quiso decir más que «deseo». Con frecuencia sucede que un pobre irlandés dice las cosas más descorteses, por desconocer las sutilezas de la lengua inglesa, cuando en realidad su intención es la de expresarse de la forma más respetuosa y cordial.

A la señorita Hill la hirió tanto ese desafortunado «espero» que la totalidad del discurso de O'Neill, que al principio había causado una buena impresión en ella, perdió su efecto, por lo que ella respondió, con brío, lo que pensaba:

—Espera demasiado de mí, señor O'Neill, más de lo que yo le di razón para creer. No me causaría ni placer ni orgullo que usted me conquistase ni estar a su lado como le complació decir, pese a todos; ni estar, sin un centavo, bajo la protección de una persona que espera demasiado desde un principio; entonces señor, le aseguro que, sin importar lo que espere, no me pondré los guantes de Limerick.

O'Neill no carecía de orgullo ni de brío; de hecho, se debe confesar que tenía, al igual que algunos de sus compatriotas, cierto exceso de orgullo y brío. Impulsado por la frialdad de la dama, soltó un sinfín de reproches, y finalizó deseándole un buen día, y un hasta nunca, a una persona que puede cambiar su opinión radicalmente, como una veleta.

—Sus deseos, señorita, son órdenes, y espero que nunca más piense en el pobre Brian O'Neill ni en los guantes de Limerick.

Si no hubiera estado tan turbado como para darse cuenta, el pobre Brian O'Neill habría notado que Phoebe no se parecía en nada a una veleta. Pero, en vez de eso, la abandonó de forma abrupta, y se marchó imaginando que todo el tiempo había sido Phoebe, y no él mismo, la que estaba furiosa. De la misma forma, para el jinete que galopa a toda velocidad, los setos, los árboles y las casas parecen retroceder, cuando, en realidad, no se mueven de sus lugares. Él es el que se aleja de ellos, y no ellos de él.

El lunes por la mañana, la señorita Jenny Brown, que era la hija del perfumista, pasó a visitar a Phoebe con una expresión de atareada alegría.

—Querida, si todo va bien en Hereford, ¿qué te tiene tan desanimada? —preguntó, y agregó—: Si de seguro estás invitada, así como el resto de nosotras.

—¿Invitada adónde? —chilló la señora Hill, que se encontraba presente y que no soportaba enterarse de una invitación en la que no estuviera incluida—. ¿Invitada adónde?, dígame, señorita Jenny.

—¿No se ha enterado? Todas dimos por sentado que usted y la señorita Phoebe serían las primeras y más importantes invitadas al baile del señor O'Neill.

—¡Un baile! —exclamó la señora Hill; y, por fortuna, salvó a Phoebe, que estaba algo nerviosa, de la molestia de tener que hablar—. Qué inesperado: no sabía nada de esto.

—Vaya, qué extraño. Phoebe, ¿no has recibido un par de guantes de Limerick?

—Sí, así es —respondió Phoebe—. Pero, ¿qué relación tienen mis guantes de Limerick con el baile?

—Mucho tienen que ver —contestó Jenny—. ¿No sabes que un par de guantes de Limerick es, por así decirlo, la entrada a este baile? A cada dama invitada se le envió un par junto con la tarjeta. Creo que alrededor de veinte, aparte de mí, han sido invitadas esta mañana.

Jenny enseñó su nuevo par de guantes de Limerick y, mientras se los probaba y mostraba lo bien que le quedaban, enumeró los nombres de las mujeres que, según su conocimiento, asistirían a dicho baile. Cuando terminó con el listado, se explayó sobre los vastos preparativos que se decía que la viuda de O'Neill, la madre del anfitrión, llevaba a cabo para la cena, y concluyó compadeciéndose de la señora Hill por su desgracia de no haber sido invitada. Jenny se despidió para alistar su vestido:

—Porque —agregó ella—, el señor O'Neill me pidió que abra el baile en caso de que Phoebe no vaya. Pero supongo que se animará e irá, ya que recibió un par de guantes de Limerick, al igual que el resto de nosotras.

Luego de la partida de Jenny se produjo un silencio que duró algunos minutos, hasta que Phoebe lo rompió para contarle a su madre que, temprano por la mañana, le habían traído una nota, y que ella la había devuelto sin abrir, porque sabía, por la letra de la dirección, que provenía del señor O'Neill.

Debemos tener en cuenta que Phoebe ya le había contado a su madre sobre el encuentro con este caballero en lo de la pobre viuda, así como todo lo que había ocurrido entre ellos después. Esta sinceridad había ablandado el corazón de la señora Hill, que en realidad tendía a ser bondadosa, siempre que la gente admitiera que ella era más perspicaz que cualquier otra persona en Hereford. Además, estaba muy molesta y preocupada por la idea de que la hija del perfumista pudiera competir y llegar a opacar a la suya. Aunque ella estaba segura del interés de O'Neill por Phoebe, lo había menospreciado, en especial luego de que la mujer del perfumista la convenciera de que un irlandés no podía ser más que un mal partido. Sin embargo, ahora comenzaba a sospechar que la mujer del perfumista había cambiado de opinión en cuanto a los irlandeses, puesto que no se oponía a que su Jenny fuera al baile en casa del señor O'Neill.

Todos estos pensamientos pasaron con rapidez por la mente de la madre y, por temor a perder un admirador para su Phoebe, su aprecio por ese admirador aumentó de repente. Del mismo modo que en una subasta, si se va a conceder un terreno a la única dama que ha hecho una oferta, incluso ella se siente descontenta y desprecia aquello que nadie codicia. Sin embargo, si antes de golpear el martillo, muchas voces responden a la pregunta: «¿quién da más?» entonces su ansiedad por garantizarse el premio incrementa, y, para evitar que su oferta sea superada, ella dará mucho más de lo que realmente vale.

—Bueno, hija —dijo la señora Hill—, dado que posees un par de guantes de Limerick, y dado que, sin duda, esa nota era nuestra invitación al baile, y dado que es mucho más apropiado que tú abras el baile en vez de Jenny Brown, y dado que, después de todo, fue muy caballeroso y gentil por parte del joven decir que le interesabas aunque no tuvieras ni un centavo, y eso demuestra que aquellos que hablaban de él como un oportunista irlandés estaban mal informados, y dado que no estamos seguras de que se haya llevado al perro, más allá de que haya dicho que sus ladridos eran una gran molestia; ni tampoco existe un buen motivo para suponer que fue él quien hizo el hoyo bajo los cimientos de la catedral, o que pudiera tener pensamientos tan viles como para querer hacerla explotar, y dado que debe de tener un negocio rentable como para poder permitirse regalar guantes de Limerick de cuatro o cinco guineas, y bailes y cenas, y dado que, a fin de cuentas, él no tiene la culpa de ser irlandés, querida, yo voto por que te pongas tus guantes de Limerick y te presentes al baile. Yo iré y hablaré con tu padre, y lo convenceré. Por la mañana, le haré la visita que le debo a la viuda de O'Neill y resolveré tu discusión con Brian. Las disputas amorosas son fáciles de solucionar, y entonces todo irá bien de nuevo, y Jenny Brown ya no tendrá que venir con su rostro de condolencia hipócrita a vernos.

Después de pronunciar este discurso con elocuencia, la señora Hill, sin esperar ni a escuchar una palabra de la pobre Phoebe, se marchó en busca de su consorte. Sin embargo, hacer que el señor Hill cambiara de opinión no resultó la tarea fácil que ella esperaba. Pocas veces expresaba sus posturas, pero una vez que lo hacía eran escasas las posibilidades de modificar sus ideas. En esta ocasión, el señor Hill estaba doblemente apegado a su prejuicio contra nuestro desafortunado irlandés, puesto que había mencionado con gran solemnidad en el club que frecuentaba el asunto del hoyo bajo los cimientos de la catedral, y sus sospechas de que existía un plan para hacerla estallar. Varios miembros del club se rieron de esta ocurrencia; otros, que suponían que el señor O'Neill era católico romano, y que tenían la noción errónea de que los católicos romanos eran seres muy malvados y peligrosos, creyeron que podría haber mucho de cierto en las suposiciones del sacristán, y sostuvieron que debía prestarse atención a este guantero irlandés, que se había establecido en Hereford, sin que nadie supiera por qué, y que parecía tener dinero siempre, sin que nadie supiera cómo.

En la imaginación prejuiciosa del señor Hill, la noticia del baile sonó como la de una conspiración. «¡Ay, ay!», pensó. «¡El irlandés es muy astuto! Pero somos demasiados para él: quiere dejar indefensas a todas las personas serias de Hereford por medio de banquetes, bailes y juergas. Supongo que así perpetraría su malvado plan cuando menos se sospeche. Pero, tontos y simples ingleses como cree que somos, estaremos preparados para él, lo garantizo».

Como consecuencia de estas reflexiones tan perspicaces, nuestro sacristán silenció a su esposa con un gesto perentorio cuando ella intentó vencerlo para que le permitiera a Phoebe usar los guantes de Limerick y asistir al baile.

—Al baile no irá, y ordeno que no se ponga esos guantes de Limerick si es que valora mi bendición —declaró el señor Hill—. Por favor, hágaselo saber, señora Hill, y confíe todo a mi juicio y discreción. Tal vez ocurran eventos inesperados en Hereford: pero no diré más, debo ir a consultar con otros hombres sabios, que piensan como yo.

Salió y la señora Hill quedó en un estado que solo aquellos que padecen la enfermedad de la curiosidad excesiva pueden comprender o comprender. Ella se dirigió a Phoebe, a quien le anunció la respuesta de su padre, y luego se fue a chismorrear con sus amigas en Hereford, para contarles todo lo que sabía, y todo lo que no sabía, e intentar descubrir un secreto donde no lo había.

Para toda condición existen pruebas de temperamento y ninguna mujer, de la clase alta o baja, podría superarlas con mejor gracia que Phoebe. Mientras el señor y la señora Hill no estaban, una de las hijas de la viuda de Smith pasó a visitarla. Entre las palabras inocentes de gratitud hacia Phoebe, esta niña intercaló elogios hacia O'Neill, que, según ella, había sido fiel amigo de su madre, y le había dado dinero todas las semanas desde que ocurrió el incendio.

—Mamá lo aprecia mucho porque es muy bondadoso —continuó la niña— y ha sido bueno con otras personas además de nosotros.

—¿Con quién? —preguntó Phoebe.

—Con un pobre hombre que se ha alojado durante unos días al lado de nuestra casa —respondió la niña—. No sé su nombre, pero es irlandés, y sale a arar durante el día junto a otros. Conoció al señor O'Neill cuando vivía en Irlanda, y le contó a mamá mucho sobre su bondad.

Cuando la niña hubo dicho estas palabras, Phoebe sacó de un cajón algunas vestimentas, que había confeccionado para los hijos de la pobre mujer, y se las dio a la niña. Resulta que había arrojado los guantes de Limerick a ese cajón; y los sentimientos favorables de Phoebe para con el dador de esos guantes se reavivaron por lo que acababa de oír y por la confesión que había hecho la señora Hill sobre que no tenía motivos, sino vagas sospechas, para pensar mal de él. Estiró los guantes y, mientras la niña seguía hablando del señor O'Neill, esparció sobre ellos los pétalos de una rosa que había usado el domingo.

Todo ese tiempo, el señor Hill estuvo en una intensa reunión con aquellos hombres prudentes de Hereford que compartían su opinión en cuanto al peligroso hoyo debajo de la catedral. También se discutió la ominosa circunstancia de este baile, el elevado nivel de vida del guantero irlandés y el hecho de que regalara los guantes, lo que era una clara señal de que no tenía ninguna necesidad de venderlos y, en consecuencia, una prueba de que, aunque aparentaba ser un guantero, ocultaba algo. Al unir todos estos factores, estos por demás sabios políticos resolvieron que lo mejor que podía hacerse por Hereford, y la única forma posible de evitar la destrucción inmediata de la catedral, sería detener al señor O'Neill. Sin embargo, al enumerarlos, se percibió que no había fundamento legal alguno por el que se lo pudiera imputar. Por fin, luego de consultar a un letrado, idearon lo que creyeron que era un modo admirable de proceder.

Nuestro héroe irlandés no tenía la puntualidad característica de los comerciantes ingleses en el pago de facturas. El año anterior había acumulado una gran deuda con un almacenero en Hereford y, como no tenía el

dinero en efectivo para cancelarla en Navidad, había firmado un pagaré a seis meses. A pedido del señor Hill el almacenero entregó el pagaré; y se decidió que debía exigirse el dinero, como estaba previsto, y que, si no se saldaba, O'Neill sería detenido esa noche. No podemos concebir cómo el señor Hill logró que el descubrimiento de esta deuda con el almacenero concuerde con su idea anterior de que el guantero irlandés contaba siempre con dinero en efectivo, pero la ira y el prejuicio opacan las contradicciones más groseras sin dificultad.

Cuando el empleado del señor Hill fue a exigir la liquidación del pagaré, lo único que tenía en mente O'Neill era el baile del que iba a ser anfitrión aquella tarde. La aparición inesperada del pagaré lo sorprendió mucho porque no contaba con el dinero para saldarlo. Y luego de insultarlo con intensidad y de quejarse de la conducta poco caballerosa y egoísta del almacenero y del curtidor, le dijo al empleado que se retirara y que no lo molestará en un momento tan inoportuno, que no tenía el dinero y que no merecía tenerlo.

El empleado inglés nunca había oído lenguaje similar y la conducta de O'Neill era completamente nueva para él; no es sorprendente que le pareciera, como le dijo a su patrón, que dicho lenguaje correspondía más a un demente que a un hombre de negocios. La falta de puntualidad en las transacciones monetarias y la forma de tratar los acuerdos como asuntos de favores y afecto no habría condenado la fama de nuestro héroe en su país, donde esta conducta es muy usual. Pero ahora se encontraba en un reino en el que los modales y las costumbres eran las opuestas, y, por lo tanto, no había margen de tolerancia para este tipo de diferencias entre países. Sería bueno para sus compatriotas si se les hiciera saber, incluso mediante algunas mortificaciones, sobre esta gran diferencia entre los hábitos de los comerciantes ingleses e irlandeses antes de asentarse en Inglaterra.

Continuaremos con nuestra historia. La noche del gran baile el señor O'Neill, mientras escoltaba a su hermosa compañera, la hija del perfumista, para que llegara a salvo a su hogar, sintió que alguien le daba un golpe en el hombro de manera poco amigable. Cuando le dijeron que era prisionero del rey vociferó diversas blasfemias extrañas que nos abstendremos de repetir.

—¡No, no soy prisionero del rey! Soy prisionero de aquel curtidor malvado y sinvergüenza, Jonathan Hill. Solo él arrestaría a un caballero de esta forma, por una nimiedad que no merece la pena mencionar.

Jenny Brown gritó cuando se dio cuenta de que estaba bajo la protección de un hombre a quien estaban arrestando. Entre sus gritos y las blasfemias de O'Neill había tanto disturbio que se juntó una multitud.

Entre la muchedumbre había un grupo de campesinos irlandeses que, luego de volver tarde de un arduo día de trabajo, habían bebido en una cervecería cercana. Sin pensarlo, se unieron a su compatriota y, de no ser porque éste poseía autocontrol y juicio suficientes como para contener el espíritu del grupo y prohibirles intervenir de palabra o de hecho en su defensa, puesto que valoraban su vida y su reputación, lo hubieran rescatado de los oficiales con mucho placer.

Luego envió a uno de los campesinos a su casa para informarle a su madre lo que había ocurrido, y para pedirle que buscara a alguien que pagara su fianza lo más rápido posible, ya que los oficiales decían que no podrían dejarlo ir hasta que alguien importante pagara la fianza o hasta que saldaran la deuda.

La viuda de O'Neill estaba apagando las velas del salón de baile cuando le llegó la noticia del arresto de su hijo. Pasemos por alto las exclamaciones irlandesas; consoló su orgullo al reflexionar que lo más fácil sería buscar a alguien que pague la fianza en Hereford, donde su hijo tenía varios amigos que habían estado bailando en su casa hacía tan solo un momento. Pero bailar en su casa y pagarle la fianza eran dos cuestiones muy distintas. Cada uno de ellos tuvo una excusa y la viuda de O'Neill se asombró ante lo que cualquiera se asombra cuando le pasa a uno mismo.

—Prefiero vender todas mis posesiones a un prestamista dentro de media hora antes que dejar que detengan a mi hijo de esta manera por una mísera deuda.

Por suerte ningún prestamista escuchó su declaración, estaba demasiado enojada como para pensar en su economía. Mandó a buscar a un prestamista que vivía en la misma calle y, luego de empeñar sus bienes por el triple de la cifra adeudada, obtuvo el dinero suficiente para liberar a su hijo.

Luego de estar detenido durante una hora y media, O'Neill fue liberado por el pago de su deuda. De camino a su casa, mientras pasaba por la catedral, oyó las campanadas del reloj y le preguntó a un hombre que caminaba de aquí para allá en el cementerio si eran las dos o las tres.

—Las tres —contestó el hombre—, y, por ahora, estamos a salvo.

O'Neill, con la mente llena de otros asuntos en los que pensar, no se detuvo para preguntarle el significado de las últimas palabras. No sospechaba que este hombre era un vigilante que el sacristán en exagerada alerta había llamado para proteger la Catedral de Hereford de sus ataques. Tampoco imaginaba que lo habían arrestado para evitar que hiciera explotar la catedral aquella noche. El arresto había tenido un efecto sobresaliente en su mente, ya que era un hombre joven con sentido común: lo ayudó a determinar que reduciría sus gastos a tiempo, que viviría más como un guantero y menos como un caballero, y que aspiraría más a construirse una reputación y menos a ganar popularidad. Y aprendió, desde la experiencia, que los buenos amigos no pagan malas deudas.

Capítulo II

La mañana del jueves, nuestro sacristán se levantó de inusual buen humor, y se felicitó a sí mismo por el servicio ilustre que había brindado a la ciudad de Hereford, por su sagacidad al descubrir la conspiración extranjera para hacer explotar la Catedral, y por su habilidad para mantener al enemigo bajo custodia en el preciso momento en el que el hecho atroz hubiera sido perpetrado. Los sagaces amigos del señor Hill coincidían en que sería necesario tener un guardia que se quedara cada noche en el cementerio y en que, no bien obtuvieran, mediante la atenta vigilancia de los movimientos del enemigo, cualquier dato que el fiscal considerase fundamento suficiente para iniciar un procedimiento judicial, al observar los movimientos del enemigo, deberían presentar el asunto ante el alcalde.

Luego de organizar todo del modo más sensato y secreto con amigos que opinaban igual que él, el señor Hill dejó de lado su dignidad como sacristán y, en carácter de curtidor, procedió a su tenería. Se sorprendió y abatió cuando vio su almiar de corteza de roble al nivel del suelo. Los trozos de corteza estaban esparcidos por todas partes, algunos sobre el recinto, otros en el campo y otros podían verse flotando en el agua. No existen labios, pluma o musa capaces de describir los sentimientos de nuestro curtidor ante aquel espectáculo, sentimientos que se volvieron más violentos a causa del silencio rotundo que se impuso a sí mismo en esta ocasión. Decidió de inmediato que O'Neill había perpetrado este agravio para vengarse por el arresto y fue personalmente a preguntarle al letrado qué debía hacer por su parte para asegurarse una venganza legal.

Lamentablemente, o al menos eso pensó el señor Hill, un hombre que vivía a cierta distancia de Hereford había mandado a llamar al letrado me-

dia hora antes, para redactar un testamento, por lo tanto, nuestro curtidor se vio obligado a posponer sus procesos legales.

Nos abstendremos de narrar su regreso y la cantidad de veces que caminó por el recinto para ver la corteza desparramada y para calcular el daño que le habían hecho. Al fin llegó aquella hora que, por lo general, pospone las pasiones por el más imperioso poder del apetito: la hora de la cena. Un momento que no era necesario recordarle al señor Hill por medio de ninguna clase de reloj, ya que tenía la bendición del apetito puntual y poderoso, tan intenso que solía despertar la cólera de su esposa refinada o menos hambrienta.

—¡Santos cielos, señor Hill! —solía decir ella—. Me avergüenza total y completamente verlo comer tanto, y cuando tenemos invitados, desearía que comiera un tentempié para regular su apetito antes de la cena, para que no luzca tan famélico y poco elegante.

Ante esta insinuación, el señor Hill comenzó a adquirir el hábito, al que luego se adhirió religiosamente, de ir a la cocina todos los días media hora antes de la cena, ya fuera que esperaran visitas o no, para comer una rebanada de la carne asada o hervida antes de que la llevaran a la mesa. Fiel a su costumbre, ese día estaba en la cocina tomando su tentempié regulador y oyó a la criada y a la cocinera hablando sobre un adivino sorprendente, a quien la criada había estado consultando. Este adivino era el mismísimo sucesor de Bampfylde Moore Carew, rey de los gitanos, cuyo libro sobre su vida y aventuras esté probablemente en muchas, o demasiadas, manos de nuestros lectores. Bampfylde, el segundo rey de los gitanos, asumió este título con la esperanza de tener tanta fama, o tanta mala fama, como su predecesor. Recibía a los interesados en un bosque cerca de la ciudad de Hereford, y muchas criadas y aprendices iban a consultarlo. Y aún más: se rumoreaba que recurrían a él, en secreto, algunos cuya educación debería haberles proporcionado más sentido común.

Las instancias en las que nuestro sacristán oyó en la cocina acerca de la habilidad sobrenatural de este hombre astuto fueron incontables. Y, mientras el señor Hill comía el tentempié con la circunspección habitual, se concentraban grandes designios en lo más profundo de su alma. La señora Hill se sorprendió varias veces durante la cena al ver a su consorte dejar los cubiertos y meditar.

—¡Dios santo, señor Hill! ¿Qué le habrá ocurrido el día de hoy? ¿Qué estará pensando que puede hacerlo olvidar lo que tiene en el plato?

—Señora Hill —contestó el sacristán pensativo—, nuestra antecesora Eva tuvo mucha curiosidad y sabemos que las consecuencias fueron malas.

Sabr  lo que estoy pensando a su debido tiempo, pero no ahora, señora Hill. Por lo tanto, por favor, no haga preguntas, ni me fastidie, ni trate de sacarme información. Lo que pienso, lo pienso; lo que digo, lo digo; lo que s , lo s ; y eso es todo lo que necesita saber por ahora. Lo  nico que puedo decir es esto: Phoebe, has hecho muy bien en no usar los guantes de Limerick, hija. Lo que s , lo s . Todo terminar  como dije desde el principio. Lo que digo, lo digo. Y lo que pienso, lo pienso, y eso es todo lo que necesitan saber por ahora.

Luego de dar fin a la cena con este discurso solemne, el señor Hill se acomodó en su sillón para tomar la siesta y so o con catedrales que explotaban y con corteza de roble que flotaba en las aguas y que un hombre que llevaba puesto un par de guantes de Limerick, creía él, hacía explotar la catedral, y que la corteza de roble se convertía en carne de cordero y su gran perro, Jowler, nadaba tras ella. De pronto, mientras él iba a golpear a Jowler por comerse la corteza transformada en carne de ternera, el perro se convertía en Bampfylde II, rey de los gitanos, quien, al poner una fusta con un asa plateada en la mano del señor Hill, le ordenaba tres veces, con voz tan fuerte como la del pregonero, que azotara a O'Neill en el mercado de Hereford. Pero justo cuando se dirigi a hacia la ventana para ver la azotaina, se le cayó la peluca y se despert .

Era difícil encontrarle el sentido a este sueño, incluso para la sagacidad del señor Hill, pero tenía el talento de poder encontrar siempre en sus sueños algo que confirmara las decisiones que tomaba cuando estaba despierto. Antes de dormirse, ya había casi resuelto que, a falta de letrado, iría a consultar al rey de los gitanos, y su sueño ahora lo hacía sentir completamente decidido en cuanto a tomar esta medida prudente.

«Bampfylde II sabr  decirme quién hizo el hoyo debajo de la catedral, quién destrozó mi almiar de corteza, y quién se robó a mi perro Jowler», pens . «Y después, podr  acusar a O'Neill, sin tener que esperar a ningún letrado. Seguir  mi propio camino en este asunto: siempre termino descubriendo que mi forma de proceder es la mejor».

Por lo tanto, una vez entrada la noche, nuestro hombre sabio se dirigió hacia el bosque con el fin de pedirle información al hombre astuto. Bampfylde II, el rey de los gitanos, vivía en una especie de choza hecha de ramas de árboles. El sacristán se inclin , aunque no lo suficiente, y al entrar en este palacio temporal, y pese a que su cuerpo estaba casi doblado por completo, su peluca quedó atrapada en una rama. Se vio aliviado de esta situación incómoda por la reina consorte, y pronto contempló, alumbrado por algunas brasas, a su majestad gitana, a cuya apariencia sublime la luz tenue favorecía de tal manera que un asombro secreto se despert  en el

alma de nuestro hombre sabio, quien, olvidándose de la Catedral de Hereford, la corteza, y los guantes de Limerick, durante algunos segundos permaneció mudo. Durante este tiempo, la reina liberó con destreza el bolsillo de O'Neill de todo artículo innecesario. Cuando recuperó la memoria, le preguntó al rey de los gitanos, con gran solemnidad, los siguientes interrogantes, y recibió las siguientes respuestas:

—¿Conocen ustedes a un peligroso irlandés de nombre O'Neill, que ha venido a establecerse a Hereford, por razones que solo él sabe?

—Sí, lo conocemos bien.

—¿De verdad? ¿Y qué es lo que saben de él?

—Que es un irlandés peligroso.

—¡Exacto! ¿Y acaso no fue él quien derrumbó, o causó que se derrumbe, mi almiar de corteza de roble?

—Está usted en lo cierto.

—¿Y quién se robó a mi perro, Jowler, que solía vigilar la tenería?

—Fue la persona que usted sospecha.

—¿Y fue la persona que sospecho la que hizo el hoyo debajo de los cimientos de la catedral?

—Esa misma, y ninguna otra.

—¿Y con qué propósito hizo ese hoyo?

—Con un propósito que no debe mencionarse —respondió el rey de los gitanos, asintiendo con la cabeza misteriosamente.

—Pero a mí sí se me podría mencionar —se quejó el sacristán— ya que yo lo descubrí, y soy uno de los sacristanes; ¿y no es adecuado que yo sepa que existe un plan para hacer añicos la catedral de Hereford y yo sea quien se lo haga saber al resto?

—Hombres sabios de Hereford, tomen mi palabra, nadie a salvo estará hasta huido el rufián.

Estos versículos proféticos, pronunciados por Bampfylde II con todo el entusiasmo de alguien que está inspirado, causaron el efecto deseado en nuestro hombre sabio; abandonó al rey de los gitanos con una opinión muy buena del juicio de su majestad y también del suyo, y decidido por

completo a trasmitirle al alcalde de Hereford sus descubrimientos la mañana siguiente.

Lo que ocurrió fue que mientras el señor Hill le realizaba las anteriores preguntas a Bampfylde II, llegó a la entrada de la sala de audiencias un campesino irlandés que deseaba preguntarle al hombre astuto sobre un bolso de cuero que había perdido mientras cosechaba heno en un campo cercano a Hereford. Este campesino es el mismo hombre que, como habíamos relatado, le habló de forma favorable sobre nuestro héroe O'Neill a la viuda de Smith. Mientras entraba a la choza, la mención de O'Neill atrapó la atención de este hombre, que se llamaba Paddy M'Cormack, y no se perdió una palabra de todo lo que hablaban. Tenía motivos para estar algo sorprendido al escuchar a Bampfylde aseverar que O'Neill había derribado el almiar de cortezas. «¡Dios mío!» se dijo a sí mismo, «el pobre ahora está ahí fuera. Conozco más sobre ese asunto que él, sin ánimos de ofender a su majestad; él no sabe más de mi bolso de lo que sabe del almiar de cortezas y del perro de este hombre. Guardaré esta moneda en mi bolsillo y no se la daré al rey de los gitanos, como lo llaman, quien, a mi suponer, no es más que un farsante. Pero tengo un secreto que le puedo contar a este ilusionista: no le resultará tan sencillo poner en acción todo lo que piensa, ya no logrará arruinar a un inocente compatriota mío mientras Paddy M'Cormack tenga voz y cerebro.»

Paddy M'Cormack tenía la mejor razón posible para saber que O'Neill no había derrumbado el almiar de cortezas del señor Hill: había sido el mismo M'Cormack quien, en el punto máximo de su resentimiento por el ofensivo arresto de su compatriota en las calles de Hereford, había inducido a sus compañeros a generar ese daño; los guió y pensó que estaba llevando a cabo un acto inteligente y audaz.

Existe una extraña mezcla de virtud y vicio en las mentes de la clase baja irlandesa o, mejor expresado, una extraña confusión en lo que consideran el bien y el mal, debido a la falta de una educación adecuada. Tan pronto como el pobre Paddy descubrió que su acto audaz de derrumbar el almiar de cortezas perjudicaría a su compatriota, decidió hacer todo lo que estuviera a su alcance para enmendar su desacierto. Reunió a sus colegas y los convenció de que lo ayudaran esa noche a reconstruir lo que habían derrumbado.

Comenzaron a trabajar cuando creyeron que todos en Hereford dormían, excepto ellos. Ya habían completado la pila y todos se marchaban menos Paddy, quien estaba sentado en la cima, terminando la pila, cuando oyeron una voz gritar:

—¡Ahí están! ¡Miren! ¡Miren!

De inmediato, todos los campesinos que pudieron escaparon lo más rápido posible. El guardia que había estado custodiando la catedral fue el que dio la alarma. Subieron a buscar a Paddy hasta la cima del almiar y lo llevaron al cuartel de policía, donde permaneció detenido hasta la mañana siguiente.

—Si me recompensan de esta manera por haber realizado una buena acción —dijo—, no quiero imaginar las desgracias me esperan si algún día me atrapan realizando otra.

¡Dichosos aquellos que en su comunidad cuentan con un magistrado como el señor Marshal! Era un hombre que, además de conocer con exactitud las funciones de su cargo, poseía la facultad de descubrir la verdad en medio de pruebas contradictorias, así como el arte alegre de suavizar y transformar las pasiones iracundas en risas. Se solía decir en Hereford que nadie salía de lo del Juez Marshal tan enfadado como entraba.

El señor Marshal casi no había desayunado cuando se le informó que el señor Hill, el sacristán, deseaba hablar con él sobre un asunto de suma importancia. Escoltaron al sacristán hacia donde se encontraba el magistrado, y con una solemnidad sombría se sentó frente al señor Marshal.

—¡Están ocurriendo hechos muy lamentables en Hereford, señor Marshal! Hechos muy lamentables, señor.

—¿Hechos muy lamentables? A mí me han dicho que ocurren hechos muy alegres en Hereford. He oído que hubo un baile anteanoche.

—Incluso peor, señor Marshal, incluso peor: eso piensan los que, como yo, usan la razón para ir más allá de las cosas.

—Incluso mejor, señor Hill —dijo el señor Marshal, riendo—, mucho mejor: eso piensan los que, como yo, usan la razón para quedarse más acá de las cosas.

—Señor —dijo el sacristán, todavía con más solemnidad—, este asunto no tiene ninguna gracia, no hay tiempo para reír, ruego me disculpe. ¡Señor, la noche en que aconteció ese baile diabólico, habrían explotado la catedral de Hereford, la habrían volado en pedazos de no haber sido por mí, señor!

—¡No me diga, señor Sacristán! ¿Y podría saber cómo y quién tenía la intención de hacer estallar la catedral? ¿Y qué tenía de diabólico ese baile?

Entonces el señor Hill le contó al señor Marshal toda la historia sobre su antipatía temprana hacia O'Neill, y sobre sus sospechas ligeras la primera vez que lo vio en Hereford: relató con claridad todo lo ya conocido por el lector, y concluyó diciendo que, como ya estaba seguro de los hechos, declararí­a en contra de este villano irlandés, quien, esperaba, sería llevado ante la justicia rápidamente, como lo tenía merecido.

—Será llevado ante la justicia, porque eso tiene merecido —dijo el señor Marshal—; pero antes de que yo redacte y usted declare, ¿tendr­ía la amabilidad de informarme cómo está usted tan seguro, y sin dudas lo está, de lo que usted llama los hechos?

—Señor, eso es un secreto —respondió nuestro hombre sabio—, que solo le confiaré a usted—. Susurró en el oído del señor Marshal que la información provino de Bampfylde II, rey de los gitanos.

El señor Marshal se echó a reír. Luego de serenarse dijo:

—Mi buen señor, me alegra que no haya avanzado más en este asunto y que, aparte de mí, nadie en Hereford sepa que estaba a punto de acusar a un hombre por el testimonio de Bampfylde II, rey de los gitanos. Mi querido señor, significaría una broma constante sobre usted hasta el final de sus días. ¡Un hombre importante como el señor Hill, un sacristán! ¡Sería el hazmerreír de Hereford!

Ahora bien, el señor Marshal conocía el carácter del hombre con el que hablaba y que, por sobre todo, temía que se rieran de él. El rostro del señor Hill se ruborizó y, cuando se movió la peluca para acomodarla, se pudo ver que no solo su rostro se había sonrojado sino toda su cabeza.

—Sin embargo, señor Marshal —dijo—, no espero que se rían de mí, puesto que existen algunos hombres en Hereford a quienes he mencionado ese hoyo en la catedral y no les ha parecido un asunto cómico, sino que comparten mi opinión al respecto.

—¿Acaso explicó usted a estos caballeros que había consultado al rey de los gitanos?

—No, señor, no puedo decir que lo hice.

—Entonces le aconsejo que lo guarde para usted, y yo haré lo mismo.

El señor Hill, cuya imaginación vacilaba entre el hoyo en la catedral y su almiar de corteza por un lado, y entre el almiar de corteza y su perro Jowler por el otro, comenzó a hablar sobre el perro, y sobre el almiar de corteza y, cuando agotó todo lo que tenía que decir sobre estos temas, el

señor Marshal lo jaló con cuidado hacia la ventana, le puso un catalejo en la mano, y le indicó que mirara hacia su tenería y le dijera lo que veía. Para su gran sorpresa, el señor Hill contempló su almiar de corteza reconstruido.

—No estaba allí anoche —exclamó mientras se frotaba los ojos—. Debe de ser obra de algún ilusionista.

—No —respondió el señor Marshal—, no fue un ilusionista, sino su amigo Bampfylde II, rey de los gitanos, la causa de la reconstrucción. De hecho, aquí está el hombre que lo derribó, y que también lo reconstruyó.

Mientras decía estas palabras, el señor Marshal abrió la puerta de una habitación contigua lo llamó con un gesto al campesino irlandés, que había sido detenido una hora antes. El guardia que llevó a Paddy había ido a la casa del señor Hill para contarle lo que había sucedido, pero este no se encontraba allí.

Con gran sorpresa el sacristán escuchó la verdad de este pobre hombre; pero, tan pronto como estuvo convencido de que O'Neill era inocente en cuanto a este asunto, volvió a su otro motivo de sospecha: la desaparición de su perro.

El campesino irlandés dio un paso al frente y, con un peculiar giro de las caderas y los hombros, que solo aquellos que lo vieron pueden describir, agregó:

—Disculpe, su señoría, tengo algo para decir también sobre el perro.

—Hable, entonces —dijo el señor Marshal.

—Su señoría, tal vez si yo fuera perdonado, y si me dejaran libre por derribar el almiar del caballero podría decirle lo que sé sobre el perro.

—Si puede decirme algo sobre mi perro —expresó el curtidor—, le perdonaré por haber derribado el almiar, sobre todo porque lo ha reconstruido. Ahora, diga la verdad: ¿O'Neill se llevó al perro?

—No, en absoluto, su señoría —respondió el campesino—. La realidad es que no sé nada del perro, ni bueno ni malo, pero sé algo de su collar, si es que su nombre, su señoría, es Hill, como creo que es.

—Mi nombre es Hill, prosiga —dijo el curtidor, con gran entusiasmo—. ¿Sabe algo sobre el collar de mi perro Jowler?

—Su señoría, esto es lo que sé: está ahora, o al menos estaba anteanoche, en la casa del prestamista, allí, en las afueras de la ciudad. Su señoría, la señora O'Neill me había enviado, tarde en la noche (esa noche que el

señor O'Neill, larga vida a él, fue detenido) a la casa del prestamista. Ella también se encontraba en problemas entonces.

—Puede ser —interrumpió el señor Hill—, pero en cuanto al collar, ¿qué sabe sobre eso?

—Ella me envió, le contaré la historia, su señoría, con sinceridad, ella me envió a la casa del prestamista, y, como era muy tarde en la noche, la tienda estaba cerrada, y con mucha dificultad igual llegué a la casa. Cuando entré, no había más que un niño levantado. Él dejó la vela que tenía en la mano y subió las escaleras corriendo para despertar a su amo; y, mientras él no estaba, me atreví a mirar en qué clase de lugar me encontraba, y la ropa vieja, los harapos y los retazos. Entre todo eso había una especie de abrigo friso.

—¿Qué? ¿Un abrigo friso? —repitió, confundido, el señor Hill

—Sí, un abrigo grande, su señoría: había un gran abrigo de frisa tirado en un rincón, al que le había echado el ojo como para comprármelo: yo tenía, pensé entonces, dinero suficiente en mi pequeño monedero. Bueno, no voy a molestar a su señoría con la historia de cómo perdí mi monedero en el campo, cosa que noté después, pero acerca del abrigo grande, como decía, tan solo lo levanté del suelo para ver si me quedaba bien, y mientras lo giraba, su señoría, algo me dio un gran golpe en la pierna: supe que estaba en el bolsillo del abrigo, fuera lo que fuese, por eso miré dentro del bolsillo para ver lo que era, su señoría, y saqué un martillo y un collar de perro: fue una maravilla que, golpeándome los dos juntos, no me rompieran las piernas, pero eso no importa ahora. Entonces, antes de que el niño bajara, solo por ocio deletreé el nombre que estaba en el collar: había dos nombres, su señoría, el primero tenía tantas letras martilladas que no pude leerlo; pero el otro nombre era lo suficientemente simple para que pudiera leerlo, y decía Hill, su señoría, con toda seguridad decía Hill.

Relató la historia con tonos y gestos que resultaban tan nuevos y extraños para los oídos y los ojos de los ingleses, que incluso la solemnidad de nuestro sacristán se convirtió en risa.

El señor Marshal libró una citación para el prestamista, para averiguar cómo se había hecho con el collar del perro. Cuando el señor Marshal le expresó que de ningún otro modo podía salvarse de la prisión, el prestamista confesó que Bampfylde II, rey de los gitanos, le había vendido el collar.

De inmediato se libró una orden de detención contra su majestad; y la preocupación se apoderó del señor Hill, ya que temía que se supiera en

Hereford que había estado a punto de acusar a un hombre inocente por el testimonio de un ladrón de perros y un gitano.

Bampfylde II no hizo una aparición sublime cuando lo llevaron ante el señor Marshal, ni toda su astrología le sirvió para esta ocasión. La prueba testimonial del prestamista era tan concluyente en cuanto al hecho de que le había vendido el collar de perro, que no quedaba otro recurso para Bampfylde, sino apelar a la misericordia del señor Hill. Cayó de rodillas y confesó que había sido él quien se había robado al perro, que solía ladrarle de noche de forma tan frenética que él no podía llevar a cabo las fechorías menores que, junto con la adivinación, le permitían ganarse la vida.

—Entonces —dijo el señor Marshal, con una severidad que nunca antes había mostrado—, para protegerse, usted acusó a un hombre inocente, y mediante sus artes viles habría sido capaz de expulsarlo de Hereford, y de enfrentar a dos familias para siempre, todo para ocultar que robó un perro.

El rey de los gitanos fue, sin mayor protocolo, recluso en el correccional. No deberíamos dejar de mencionar que, al buscar en su sombrero, se encontró el monedero del campesino irlandés, que el séquito de su majestad había vaciado. Todo el grupo de gitanos se esfumó ante la noticia de la aprehensión de su monarca.

El señor Hill esperaba en profundo silencio, apoyado en su bastón, mientras se presentaban los argumentos para procesar a Bampfylde II. El temor a hacer el ridículo oponía resistencia contra el optimismo natural de su genio. Temía enormemente que se divulgara la historia del engaño en el que había caído y, al mismo tiempo, no estaba dispuesto a renunciar a su prejuicio contra el guantero irlandés.

—Pero, señor Marshal —exclamó luego de un largo silencio—, nadie ha podido explicar el hoyo bajo los cimientos de la catedral. Eso es, fue y siempre será para mí un misterio desagradable. Y no podré tener una buena opinión sobre este irlandés hasta que se aclare el asunto, ni tampoco creer que la catedral está a salvo.

—¿Qué?! —dijo el señor Marshal con una sonrisa arqueada— creo que los versos del oráculo siguen presentes en su imaginación, señor Hill. Es verdad que son excelentes. Debo recordarlos de memoria para que, cuando me pregunten la razón por la que el señor Hill le tiene aversión a un guantero irlandés, pueda repetirles: «Hombres sabios de Hereford tomen mi palabra: nadie a salvo estará, hasta huido el rufián».

—Me haría un favor, señor —dijo el sacristán—, si nunca repitiera aquellos versos, ni mencionara a nadie el asunto del rey de los gitanos.

—Le haré el favor —respondió el señor Marshal—, si usted me hace otro favor. ¿Me diría, con sinceridad, ahora que descubrió que el señor O'Neill no es un asesino de perros ni un destructor de almiar de corteza, si podría perdonarlo por ser irlandés en caso de que el misterio del hoyo debajo de la catedral, como usted lo llama, se resolviera?

—Pero no se resolvió, señor —exclamó el señor Hill, y golpeó su bastón contra el suelo con ambas manos—. Y, con respecto al hecho de que sea irlandés, no tengo nada que decir. No digo nada porque sé que todos nacemos donde Dios desea, y un irlandés puede ser tan bueno como cualquier otra persona. Lo sé, Marshal, y no soy una de esas personas ignorantes y conservadoras que no pueden soportar a un hombre que no nació en Inglaterra. Irlanda es parte del dominio de su Majestad ahora. Lo sé muy bien, Marshal, y no tengo duda, como dije antes, de que un irlandés pueda ser tan bueno, casi como un inglés.

—Me alegra —dijo el señor Marshal— escucharlo hablar casi tan razonablemente como cualquier caballero inglés y como cualquier hombre debería hablar. Y estoy convencido de que tiene demasiada hospitalidad, característica de los ingleses, como para perseguir a un extraño inofensivo que está aquí entre nosotros y confía en nuestra justicia y bondad.

—No perseguiría a un extraño, ¡Dios no quiera! —contestó el sacristán— si fuera, como usted dice, inofensivo.

—Y si no solo fuera inofensivo, sino que también estuviera dispuesto a hacer todo lo posible por aquellos que necesitan de su ayuda, no deberíamos devolverle mal por bien, ¿no es verdad?

—Sería poco caritativo, es cierto, y aún más, sería un escándalo —respondió el sacristán.

—Entonces —dijo el señor Marshal—, ¿me acompañaría a ver a la viuda de Smith, la pobre mujer cuya casa se incendió el invierno pasado? Este campesino, que se aloja cerca de ella, puede mostrarnos el camino a su morada actual.

Durante el interrogatorio a Paddy M'Cormack, quien contó su historia completa con toda sinceridad, como él dijo, el señor Marshal oyó varios ejemplos de la humanidad y la bondad del señor O'Neill, que Paddy mencionaba para justificar la avidez del compromiso con su causa que había manifestado de manera tan imprudente al derribar el almiar de corteza en venganza por el resto. Entre otras cosas, Paddy mencionó la generosidad de su compatriota hacia la viuda de Smith. Por lo tanto, el señor Marshal había decidido comprobar si había dicho la verdad en este caso, y llevó al

señor Hill, con la esperanza de poder mostrarle el lado favorable del carácter del señor O'Neill.

Todo resultó tal como lo esperaba el señor Marshal. La pobre viuda y su familia describieron de la manera más simple y afectuosa la aflicción de la que los había aliviado el bondadoso caballero y la señorita, que era Phoebe Hill. Los elogios que le hicieron a Phoebe deleitaron los oídos de su padre, cuyas pasiones cargadas de ira para entonces habían amainado.

El benévolo señor Marshal aprovechó el momento en el que vio que habían tocado el corazón del señor Hill y exclamó:

—Debo conocer a este señor O'Neill. Estoy seguro de que los habitantes de Hereford debemos mostrarle algo de hospitalidad a un extraño que demuestra tanta humanidad. Señor Hill, ¿cenaría con él mañana en mi casa?

El señor Hill estaba a punto de aceptar la invitación, pero recordó todo lo que había dicho a los miembros del club sobre el hoyo debajo de la catedral y, luego de llevar a un lado al señor Marshal le susurró:

—Pero, señor, todo el asunto del hoyo de la catedral no se ha aclarado aún.

En ese instante, una de las hijas de la señora entró corriendo y la viuda de Smith exclamó:

—¡Ah, ahí viene mi pequeña Mary! La señorita ha sido muy bondadosa con mi niña. Haz una reverencia, hija. ¿Dónde has estado todo este tiempo?

—Le estaba mostrando mi rata a la señorita, mami —dijo la niña.

—¡Dios la bendiga! Caballeros, la niña ha querido que vaya a ver esta rata domesticada varias veces, pero nunca he tenido tiempo, nunca, y me preguntaba también cómo es que puede gustarle tal criatura. Querida, cuéntales a los caballeros acerca de tu rata. Lo único que sé es que nunca le doy más que un pequeño trozo de pan en el desayuno o la cena, y ella guarda un poco para esa rata. Ella y sus hermanos la encontraron en algún lugar cercano a la catedral.

—Sale de un hoyo debajo de la pared de la catedral —dijo uno de los niños más grandes— y nos divertimos mirándola, y algunas veces hemos puesto comida, por eso creció de esta manera mansa.

Durante este discurso, el señor Hill y el señor Marshal se miraron, y el temor al ridículo otra vez se apoderó del señor Hill cuando comprendió

que, luego de todo lo que había dicho, finalmente la montaña parió una rata... en lugar de un ratón. El señor Marshal, que al instante supo lo que pasaba por la mente del sacristán, alivió su miedo al abstenerse incluso de una sonrisa en esta ocasión. Lo único que le dijo a la niña, de forma solemne fue:

—Temo, querida, que nos vemos obligados a echar a perder su diversión. El sacristán no puede tolerar hoyos de ratas en la catedral. Pero para compensar su pérdida, les obsequiaremos un pequeño y dulce perro, si lo desean.

La niña quedó muy contenta con esta promesa y, como el señor Marshal deseaba, los acompañó a él y al señor Hill a la catedral, donde se ubicaron cerca de aquel hoyo que había creado tantos disturbios. Rápidamente, la niña atrajo al enemigo espantoso y el señor Hill dijo con una risa tenue:

—Me alegra que no fuera peor, pero muchos en el club creyeron lo mismo que yo, y si no hubieran sospechado ellos también de O'Neill, estoy seguro de que nunca le hubiera causado tantos problemas, señor, como le causé esta mañana. Espero que, como el club no sabe nada acerca de aquel vagabundo, ese rey de los gitanos, usted no les haga saber nada sobre la profecía y lo demás... le aseguro que me siento muy apenado por haberle causado tanto problema, señor Marshal.

El señor Marshal le aseguró que no se arrepentía del tiempo que habían invertido en el esfuerzo de aclarar todos aquellos misterios y sospechas. Y el señor Hill aceptó su invitación para encontrarse con O'Neill en su casa al día siguiente. No bien logró llevar a una de las partes hacia la razón y el buen humor, el señor Marshal fue a preparar a la otra para la reconciliación. O'Neill y su madre eran personas de temperamento irascible pero comprensivo; el asunto del arresto era reciente, pero cuando el señor Marshal les presentó toda la situación y los prejuicios del sacristán con un tinte humorístico, se unieron a la risa bien intencionada y O'Neill declaró que, por su parte, estaría dispuesto a perdonar y olvidar todo solo si pudiera ver a la señorita Phoebe con los guantes de Limerick puestos.

Al día siguiente, Phoebe apareció en lo del señor Marshal con los guantes de Limerick y, para su enamorado, ningún perfume resultaba tan encantador como el de los pétalos de rosas en los que los había guardado.

El señor Marshal tuvo el placer benévolo de reconciliar a las dos familias. El curtidor y el guantero de Hereford pasaron de ser enemigos resen-

tidos a buenos amigos, y la experiencia los convenció de que nada podía ser mejor para ambos que vivir en paz.